

Haití, qué horror

Estamos impresionados e impactados por las horribles imágenes del reciente terremoto de Haití. No es para menos. La catástrofe ha sido mayúscula y uno se siente impotente ante tantos males acumulados. Los medios de comunicación nos acercan hasta allí y nos traen hasta aquí las noticias diarias de lo que ha ocurrido a miles de kilómetros.

La reacción inmediata desde todas las partes del mundo es la de salir al encuentro de las víctimas que sufren. Es urgente rescatar a los heridos, enterrar a los muertos, alimentar a los hambrientos, consolar a los que sufren. El sufrimiento es una plataforma que nos acomuna a todos, rompiendo barreras, para sentirnos más hermanos todos. Cáritas, como organización de la Iglesia católica para estas necesidades, está a pie de calle, en cada parroquia del lugar afectado. Puedes ayudar a Haití a través de Cáritas, dando el donativo en tu parroquia o ingresándolo en una cuenta de Cáritas. Lo más urgente es prestar nuestra ayuda a las víctimas.

Pero en medio de nuestra respuesta fraterna y solidaria, surge también la pregunta: ¿Dónde está el culpable? ¿Por qué suceden estas cosas? ¿No podría Dios impedir que sucediera esto? Y ahí nos quedamos mudos y no tenemos palabras ni encontramos razones suficientes para responder. El hombre se siente impotente ante tanto mal, que le desborda. La actitud creyente es la de renovar nuestra adoración a Dios y pedirle luz.

Ahora bien, Dios no tiene la culpa de los males. Dios es todo bondad y es causa sólo del bien. Dios está de parte de las víctimas, está siempre de parte del hombre que sufre. Cuando Dios ha enviado su Hijo al mundo, éste ha cargado con todos los males de la humanidad, haciéndose solidario con el hombre que sufre y librando al hombre del sufrimiento eterno. Dios se ha implicado de lleno en los males del mundo sufriendolos en su propia carne para llevarnos a la plena liberación. En las catástrofes naturales, tampoco las víctimas son culpables. Ellas sufren los males y piden urgentemente nuestra ayuda solidaria.

La Palabra de Dios, que es lámpara en la oscuridad, nos dice: “La creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto... y también nosotros gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (Rm 8,22-24). Estamos todos sumergidos en el misterio del mal, que no tiene su origen en Dios, sino en el pecado original, cometido por los hombres al comienzo de la historia de la humanidad, y que tiene su repercusión incluso en la naturaleza, sometida a la esclavitud. El pecado original ha supuesto una verdadera catástrofe, rompiendo al hombre en su interior, en sus relaciones con los demás, en su dependencia de Dios, e incluso rompiendo la naturaleza, que se vuelve hostil al hombre (cf. Gn 3,17s).

“¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte? –Jesucristo nuestro Señor, y le doy gracias a Dios” (Rm 7,24-25). Jesucristo, sufriendo en su carne los males del mundo, ha vencido la muerte y el poder destructor del pecado, porque “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5,20). La solidaridad que proviene del pecado y nos acomuna en la muerte, ha sido sustituida por otra solidaridad que brota del amor, regenera al hombre y lo conduce a la plenitud. Esta nueva solidaridad se llama Jesucristo. Salgamos al encuentro de las víctimas con la nueva solidaridad, que brota de Jesucristo. El hace nuevas todas las cosas.

Con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández